

—El conde de Briançon contestó que era una extranjera, una americana, la señorita Merceditas.

—Está tranquilo, hé aquí un nombre que no podré nunca pronunciar.

Carolina Aumont comió con su amante y cometió la indiscreción de hablarle sin cesar de la locura de aquella americana. Marcial, que veía siempre á Juana con su palidez de muerta y que medía su amor por su desesperación, acabó por imponerle silencio con ademán colérico. Insistió ella hablando de aquel drama en tono festivo; y Marcial entonces, incomodóse formalmente, se levantó, tiró la servilleta sobre la mesa y despidióse de su querida con un frío saludo que asemejábase mucho á un adiós.

—Pues bien, le gritó Carolina, vete á encontrarla sobre su hermoso lecho nupcial.

Hallóse el conde de Briançon paseando sobre el *boulevard*, pensando en si había hecho bien rompiendo con Carolina cuando Juana había roto con él.

Y aquel hombre que tenía dos queridas que le adoraban, sentíase de repente solo.

—¡Hace frío! murmuró abrigándose con su gabán.

Aquella noche fué la que el marqués de Satanás nos presentó mutuamente.

—He aquí un hombre dichoso, me dijo el marqués inclinándose ante Marcial, es amado por todas las mujeres; se le conocen siempre dos queridas á la vez.

—Sí, respondió Marcial, dos queridas; pero esta noche crea usted que hace falta una tercera.

—Tiene usted razón, le contesté: el que posee dos queridas no tiene ninguna; lo que constituye la fuerza del amor es la unidad; es preciso, pues, tener las setecientas mujeres de Salomón, ó poseer una sola.

El conde de Briançon no escuchaba; toda su alma estaba con la señorita de Armaillac. Tenía miedo de amarla mucho y temía no ser amado por ella.

—El puñal, dijo, llevando su mano al corazón, es á mi á quien ha dado el golpe, y la herida será mortal si Juana no me ama.

### III

#### De una á otra

El conde de Briançon fué dos veces á tener noticias de la señorita de Armaillac, pues él dormía en el Grand Hotel dejando en completa libertad á la madre y á la hija.

El segundo día escribió esta carta á Juana: «En mi profundísimo amor por usted no sé hacer otra cosa que obedecer ciegamente. Esté en su casa ó en la mía, ordéneme usted y obedeceré. Ruego con toda mi alma á Dios que la vuelva á usted á la vida. Cuando restablecida ya pueda y quiera verme, volveré á prosternarme á sus pies para siempre ó para decirle adiós.»

Transcurrieron cuatro días mortales sin recibir contestación ninguna de Juana ni de su madre. Cuando Marcial se presentaba en la antecámara le respondían siempre lo mismo:

«La señorita está muy mala; el médico

sigue muy inquieto y la señora no hace más que llorar sin consuelo.»

Desesperado fué á casa del doctor para interrogarle seriamente.

Respondióle el médico que había podido dominar la herida causada por el puñal, pero que el veneno continuaba haciendo terribles estragos. La pobre niña no tenía ya cuerpo ni espíritu.

Al décimo día recibió el conde estas líneas escritas por la madre de Juana:

«Caballero:

Venga usted á ver á mi hija que quiere hablarle. Escúchela usted, pero no la conteste, porque la menor emoción la mataría.

CONDESA DE ARMAILLAC.»

Marcial comía en la mesa del Grand Hotel cuando esta carta le sorprendió. Tiró la servilleta, cogió su sombrero y dirigióse á la calle del Circo con algo de alegría dentro del corazón.

Desde que entró en la alcoba, Juana sonrió amargamente y levantó la mano para coger la suya, pero no pudo sostener el esfuerzo, y la mano volvió á caer sobre el lecho antes de que él pudiese tomarla.

—¡Al fin la vuelvo á ver! dijo Marcial conmovido, saludando á la señorita de Armaillac.

Juana suplicó á su madre con un gesto que se alejase, y la señora de Armaillac obedeció en silencio.

—¡Pobre mujer! murmuró Marcial, sufre tanto como su hija.

—No hablemos de mis sufrimientos, dijo

Juana; ¿qué importan éstos al lado de los de mi alma?

Y después de un momento de silencio, continuó:

—Dios no me ha querido. Así como existen condenados á muerte, yo estoy condenada á vivir.

Marcial la interrumpió:

—Juana, dijo, deme mi parte de suplicio.

—Más de la que querrá tendrá usted sin duda; me ha prometido usted casarse conmigo, yo acepto tanto, peor para usted. Sé que tiene usted una querida; tal vez me juzga usted como otra querida. ¿Cuál será la mejor, la preferida, de las dos? Lo ignoro...

—No me hable usted jamás de la otra, se lo ruego, Juana mía!

—¡Yo no hablaré nunca! Le dije á usted antes que no quería su mano. Después, no creyendo vivir, ¿qué me importaba un enlace *in extremis* que hubiera puesto de relieve mi falta? Hoy recojo la palabra de usted. Seré su mujer.

Marcial besó con efusión la mano de Juana.

—Si esto es un sacrificio, lo acepto con religioso respeto; si todavía es amor, lo acepto con amor. Viviré, Juana mía, solo por usted y para nadie más que usted.

Juana tocó el timbre y la señora de Armaillac entró en la habitación.

—Mamá, dijo, todo queda arreglado.

En cuanto pueda salir se efectuará mi

enlace con el señor de Briançon, ¿no es verdad, Marcial?

Marcial contestó afirmativamente.

—Escuche usted, volvió á decir Juana á media voz, el médico me autoriza ya para regresar á mi casa. Usted, pues, irá á verme todos los días, pero quiero me prometa usted que venderá todos los muebles de esta casa y cambiará usted de habitación.

—Tiene usted razón, Juana; todo esto suscitaría tristes recuerdos; lo venderé todo menos el retrato de mi madre.

La señora de Armaillac acercóse al lecho.

—Vamos, exclamó, has hablado mucho, basta por hoy; y dirigiéndose á Marcial: abrácela usted, agregó, y márchese hasta mañana.

Se fué Marcial lleno el corazón de alegría, pero con el espíritu inquieto; el corazón contento porque Juana le había perdonado y le había sonreído con toda la magia de sus ojos y de sus labios; el espíritu inquieto porque la razón material del dinero venía á oponerse á la razón del amor; no temía al porvenir por él, pero lo temía por Juana á la que no quería condenar á una vida modesta, impropia de su rango social.

Parecíale indigno de él no dar á su mujer todo el lujo fastuoso que merecía; pero ¿cómo ofrecérselo? Con una fortuna casi exhausta como la suya, tal esplendidez era la ruina á corto plazo.

—*A lea facta est*, se dijo volviendo á su inconciencia acostumbrada; si hay un Dios para los borrachos también lo habrá para los amantes.

Cuando entró en el Gran Hotel, dos horas después, le entregaron una carta sellada con las armas, es decir, con los perfumes de la señorita Carolina Aumont.

—¡Ah diablo! exclamó, no me acordaba de ésta.

En realidad pensaba en ella. La señorita de Armaillac había conquistado su corazón sin arrojar á Carolina. Su corazón semejava á una plaza fuerte en el momento del asalto, donde amigos y enemigos combatían cuerpo á cuerpo.

Sibarita consumado, conservaba muy vivo el recuerdo dulcísimo de las ardientes caricias de la cortesana para olvidarla fácilmente. Recordaba con claridad penetrante las escenas todas de su comedia romántica con Carolina. Aquella duraba hacia seis meses; los paseos por el mar, los viajes á Mónaco, los antepalcos de los teatros, las cenas íntimas, las conversaciones voluptuosas, todas las locuras en fin, de la juventud más loca.

—No quiero leer esta carta, dijo Marcial temiendo dejarse vencer por aquel amor condenado.

Mas no tuvo valor para romper la carta y tirar sus pedazos al suelo.

Entró en su cuarto del hotel y la puso encima de la chimenea. Pero cuando fué á acostarse, después de haber escrito cuatro carillas profundamente amorosas á Juana, no pudo contenerse y la abrió para leerla.

He aquí lo que su querida le escribía:

«Mi querido Marcial:

»En vano he querido dominar mi cora-

»zón. He pasado junto á tí reidera é insolente, decidida á olvidarte y hoy me muero de pena por haberlo intentado. Imagínase una, que nada más fácil como dejar un amor para tomar otro; però comprendo que para hacer tal, es preciso no tener corazón.

»Yo creía que el corazón era una palabra, pero es algo más. Mi corazón es mío... Si tú me amas aún, ven pronto; si no me amas, ven también. Te juro que sin tí no puedo vivir. Si tú amas á otra dedícame una hora siquiera todos los días y tendré la ilusión de tu amor. Estoy mortalmente desesperada.

»Te abrazo. No te hablo de mis lágrimas porque sería tonto; además, tal vez te burlearías de mí.

»CAROLINA.»

El conde de Briançon hubiera querido ser un espíritu despreocupado al leer esa carta, pero había amado mucho á Carolina y á su pesar la amaba aún.

Releyó la carta que escribió á la señorita de Armaillac y después volvió á leer la de Carolina.

—Perfectamente, dijo entre dientes, héme aquí hundido hasta el cuello entre estas dos pasiones.

Pidió consejo á su cabeza y á su corazón. La primera aconsejábale no ver más á Carolina, pero su corazón venció.

Eran las doce y media de la noche.

Bajó por el boulevard sin estar decidido.

Tomó un coche que le condujo á la calle de Malesherbes, donde depositó la carta

para Juana y el mismo coche la llevó á casa de Carolina.

—Después de todo, pensaba, bien puedo verla una vez para decirle adiós.

Pero...

Carolina Aumont se arrojó en los brazos de su Marcial deshaciéndose en lágrimas.

El tuvo que consolarla.

Y...

Al día siguiente á las doce de la mañana no estaba ella aún consolada.

#### IV

#### Pluralidad de mujeres

El conde de Briançon olvidóse de toda razón y de toda dignidad.

Pudo suponerse que la cuestión metálica le dominaba aún y le alejaba de aquel matrimonio prometido y sagrado. Nada de esto.

Había hecho el sacrificio de la fortuna, y decidió vivir como Dios quisiera.

Cayó en los brazos de Carolina, pero sin querer huir de Juana; obedecía á la fatalidad, como todos los que rompen su voluntad al primer choque.

—¿No es verdad, le dijo Carolina cuando él la dejó para marcharse, que nuestro amor es de vida y muerte?

—No hablemos de muerte.

—Quiero hablar. ¿Crees tú que yo no tendría el valor de herirme con un puñal? Te aseguro que no erraría el golpe.

Briançon sabía que estas locuras son contagiosas, así es que quiso cambiar de conversación.

—Mi hermosa Carolina, tú has nacido para vivir y para ser adorada.

Y para amarte siempre, y para que me ames te convidó á comer conmigo, puesto que rehusas almorzar.

—Bien, comeré contigo.

Marcial prometía con los labios sin saber lo que iba á ocurrir.

Al regresar al Gran Hotel, encontró una carta de Juana.

La pobre, loca de amor, volvía á sus ilusiones. Le contaba sus sueños de felicidad, su horizonte de oro y azul; el arco iris después de la tempestad.

Terminaba su carta con estas frases:

»... mi madre quiere á usted como un á hijo. Venga usted á comer con ella.

»Desde mi cama os verá y será dichosa.

»Esa será mi mejor comida.»

—Comeré con Juana, dijo Marcial llevado por su corazón.

Pero á la hora de comer hubiera querido partirse en dos.

Los que no han amado á dos mujeres á la vez no comprenderán á Marcial, pues de todas las pasiones la del amor es la más fantástica y caprichosa.

Marcial amaba á Carolina y sentíase bajo el atractivo de Juana de Armaillac.

Aquella duplicidad de sensaciones no era falta suya, sino de su corazón.

Una artista muy conocida por el espíritu de su conversación y la intelectualidad de su espíritu, decía sin pretender hacer frases:

—He tenido pocos amantes en mi vida,

pero siempre he procurado tener dos á la vez.

—¿Por qué? le preguntaron.

—Porque el uno me mueve á amar al otro. Cuando estaba en el primero me prometía mil goces con el segundo. Es preciso en el amor unir lo real á lo ideal. La realidad es el hombre que tenemos á los pies, lo ideal el que está ausente.

Pero no todo el mundo puede adoptar esta filosofía de lo real y lo ideal. ¡Cuántos toman lo ideal por lo real! ¡Cuántos toman para sus labios lo que estaba destinado para su alma!

Marcial no quería mezclar los filósofos, Platon con Aristóteles, Descartes con Spinoza. Amaba á Carolina como á Juana, con un amor que encerraba todos los amores, pero á la vez real é ideal.

Marcial comió con la señora de Armaillac bajo la dulce atracción de los ojos de Juana.

Pero antes de ir á comer había escrito á Carolina que cenaría con ella.

## V

**El la amaba un poco, mucho quizás...**

Mientras tanto la señorita de Armaillac no adquiría fuerzas; ella quería vivir pero no podía vencer la fiebre que la devoraba. Estaba profundamente herida y no solamente la engañaba su juventud, sino también el tiempo. Esperaba de día en día fijar el de su boda, pero hubo de transcurrir un mes antes que pudiera decidirse la publicación de las amonestaciones.